

A cuento del centenario del texto griego de la Poliglota Complutense

Luis GIL FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

luisgilfer@hotmail.com

Recibido: 28-11-2014

Aceptado: 20-12-2014

RESUMEN

La considerable masa de investigación posterior a F. Delitzsch (1886) ha eliminado viejos prejuicios y otorgado su debido valor a la BPC, no sólo como *editio princeps* de la Sep y del NT, sino también como testigo textual. Ya no se cree que los editores complutenses ajustaran el texto griego al de la Vg o el latino a la *hebraica veritas*, ni se sirvieran de *Rückübersetzungen* ('retrotraducciones') del latín al griego en los pasajes inexistentes en esta lengua (el llamado *Spanish Greek*). Las lecturas 'solitarias' de la BPC se han reducido considerablemente, al haberse descubierto, por ejemplo, que aparecían en el pap. Washingtonianus del s. III o en el pap. 967 de Ezequiel (s. II-III), lo que obliga a admitir que los humanistas de Alcalá manejaron mss. hoy desconocidos y a reconocer el valor de la BPC como testigo textual.

Palabras clave: Crítica textual bíblica, Septuaginta, Nuevo Testamento griego, Historia de las ediciones de la Biblia.

ABSTRACT

The non-negligible volume of research subsequent to Delitzsch (1886) has removed long-standing prejudices and granted the CPB its true value not only as *editio princeps* of the Septuagint and the New Testament, but also as textual witness. It is no longer believed that the Complutensian publishers adapted the Greek text to the Vulgata's or the Latin to the *Hebraica veritas*, or that they resorted to *Rückübersetzungen* ('back-translations') from Latin into Greek for those passages that did not exist in the latter language (the so-called Spanish Greek). The 'solitary' readings of the CPB have considerably diminished once discovered that they featured, for instance, in the III century Washingtonian papyrus or in Ezekiel's papyrus (II-III centuries), imposing the conclusion that Alcalá's humanists used manuscripts unknown to us and attesting to the CPB's merits as textual witness.

Key words: Biblical text criticism, Septuagint, Greek New Testament, history of editions.

No era en verdad tarea fácil, nos damos cuenta hoy en su quinto centenario, llevar a cabo el proyecto de la Biblia Poliglota en plena meseta castellana, lejos de los principales focos del humanismo como Venecia, Milán, Roma y Florencia. Si todavía a comienzos del siglo XVI quedaban restos importantes de la cultura judaica en España y no era trabajoso encontrar en ella mss. e incluso impresos de la Biblia hebrea, y de la

misma manera se podían hallar ejemplares antiguos de la Vulgata (=Vg) y gente capaz de entenderlos, no cabía decir lo mismo con respecto al Antiguo (=AT) y al Nuevo Testamento (=NT) escritos en lengua griega. L. Goldschmidt (1950: 18-22) menciona ediciones españolas del Pentateuco hebreo en 1490 y de los profetas en 1487. Alaba especialmente la edición lisboeta del Pentateuco realizada por Eliezer Toledano en 1491 y comenta (p. 22) que no sólo las ediciones del Pentateuco, sino la calidad de los mss. en que se habían basado, gozaban de la mayor estima entre los eruditos de la época. Y en este mismo aspecto incide E. Fernández Tejero (1987: 28). Algo parecido cabría decir de la Biblia latina, sin contar con el ya crecido número de sus ediciones impresas a finales del siglo xv.

Muy distinto era el caso de la Biblia griega. Aparte de que no había ni un solo ms. de sus textos en la Península ibérica, sobraban dedos de una mano para contar quienes pudieran leerlos en torno al 1500. A esto venía a sumarse otra dificultad. Entre los 63 libros publicados en lengua griega antes de esa fecha brillaban por su ausencia el AT y el NT. Sólo se habían corrido de molde tres Salterios, uno en Milán el 20 de Septiembre de 1481, otro en Venecia en 1486 y un tercero en la imprenta veneciana de Aldo Manucio el 15 de noviembre de 1498. El proyecto de Cisneros, por tanto, implicaba realizar la *editio princeps* de la Biblia griega, tanto de la Septuaginta (=Sep), como del NT, para lo cual era preciso disponer de la base documental y tipográfica necesaria para llevarla a cabo, y reunir el suficiente número de personas entendidas para establecer el texto de sus diferentes libros e imprimirlo.

Destacada la singularidad del griego, se deben señalar los problemas comunes del texto en esta lengua con el de las otras en que se editó la Biblia Poliglota Complutense (=BPC): latín, hebreo y arameo. En lo fundamental son tres: averiguar sus fuentes manuscritas, establecer el método filológico de sus editores y discernir la labor realizada por cada uno de ellos. Se sabe que Cisneros comenzó *ca.* 1502 los tanteos preparatorios de la empresa, que en 1513 se trabajaba en ella a pleno rendimiento; que en 1514 se acabó de imprimir el Nuevo Testamento; que en 1515 se había corrido de molde el tomo VI y que en 1517 se completó el Antiguo Testamento. Se conoce asimismo que los editores que se encargaron de establecer la columna griega fueron los griegos Demetrio Ducas y Nicetas de Fausto, los humanistas españoles Bartolomé de Castro, Juan de Vergara, Diego López de Zúñiga, Hernán Núñez de Guzmán y Antonio de Nebrija. Como atestiguan el colofón del tomo V y los jubilosos versos de los humanistas griegos y españoles (salvo Nebrija y López de Zúñiga), la impresión del Nuevo Testamento se había concluido el 10 de enero de 1514. Estos datos dan cierta información sobre quienes elaboraron esta parte de la obra y plantean un interrogante: ¿por qué se acabó la edición del NT tres años antes que la del AT?

En el prólogo-presentación de la Poliglota dirigido a León X, Cisneros reconoce haber hecho acopio, sin reparar en gastos, de los manuscritos hebreos, griegos y latinos más antiguos para usarlos como *archetypa* (modelos). En 1999 Julián Martín Abad (1999: 196) dio a conocer la relación de los gastos efectuados por cuenta el Cardenal Cisneros para adquirir e imprimir libros para el Colegio de San Ildefonso, efectuados entre 1496 y 1509, contenida en quince hojas, arrancadas de un libro contable, que pertenecieron a la biblioteca de José Amador de los Ríos adquirida por la BNE en 1908. Al ms donde se encuentra dicha relación (BNE, MSS 20056/47) le dedicó un

detenido estudio mi antigua alumna y muy admirada colega Elisa Ruiz García (2011), gracias al cual se pudo identificar la práctica totalidad de los 799 títulos mencionados en dicha lista, de los cuales se conservan en la actualidad más de 300 en la Biblioteca Histórica «Marqués de Valdecilla» de la Universidad Complutense. En dicha relación figuran *Los evangelios en griego* (n.º 516) y *Las Epístolas de sant Pablo en griego* (n.º 527).

En el prólogo del tomo primero de la Biblia Poliglota Complutense dirigido a León X se le agradece al pontífice el préstamo de los códices griegos del Antiguo y del Nuevo Testamento procedentes de la Biblioteca Apostólica necesarios para establecer la columna griega. En el prólogo al lector se advierte que para ésta se ha utilizado también un códice enviado por el Senado de Venecia, copia de un ms. que perteneció al cardenal Besarión. Franz Delitzsch (1886) en 1886 descubrió, gracias a la publicación por Carlo Vercellone de un antiguo inventario de la biblioteca papal, que los códices enviados a Cisneros correspondían a la Septuaginta y eran los Vaticaní Graeci 330 y 346, respectivamente los números 108 y 248 del Verzeichnis de Rahlfs (1914), y logró averiguar, revisando en la Biblioteca Marciana de Venecia los que pertenecieron al cardenal Besarión, que la copia despachada a Alcalá era también de un códice vétero-testamentario, el Graecus Venetus 5 (=442 Rahlfs), de la cual es a su vez copia el manuscrito BH MSS 22 de la Universidad de Madrid, seriamente dañado en la guerra civil y parcialmente restaurado. Con todo, Delitzsch reconoció que los mss. 108 y 248 no eran las únicas fuentes de los libros proféticos del cuarto volumen de la Poliglota Complutense, por lo cual quedaba por resolver su identificación. El P. Mariano Revilla (1917) indicó que los editores complutenses se sirvieron para la edición del Salterio del ms. 116-Z-30 Villa-Amil (= BH MSS 23), n.º 1670 de Rahlfs. Este ms. de pequeño tamaño en octavo, lo compró Cisneros por indicación de Demetrio Ducas al maestro Juan de la Fuente por 340 maravedís en 1517.

Para el NT, en la ausencia de datos, ha sido imposible descubrir en qué mss. se basó el texto de la BPC. En los inventarios de la biblioteca del Colegio Trilingüe de 1512, 1523 y 1526 se registran tres códices del NT griego, uno con los cuatro Evangelios, otro con el Apocalipsis y el Evangelio de Mateo, y un tercero con los Hechos de los Apóstoles. Este último, que no figura en la relación contable arriba mencionada, Gregorio de Andrés (1974) lo identificó con el codex Rhodiensis que menciona López de Zúñiga elogiosamente repetidas veces en sus *Annotationes aduersus Erasmum in defensionem tralationis noui Testamenti* (Alcalá 1920). Pero estos códices ya no aparecen en el *Index librorum manuscriptorum* de la Universidad de Alcalá realizado por el Dr. Vallejo en 1745, como pone de relieve J. H. Bentley (1980: 146). Con su pérdida se nos ha arrebatado una importante fuente de información, ya que, según creo, fueron los únicos códices sobre los que se estableció el texto del NT de la BPC. Me baso en los siguientes hechos:

1. Los helenistas complutenses tenían ya a su disposición en 1512 las fuentes textuales necesarias para la edición del NT, lo que explica que su impresión pudiera anticiparse tres años a la del AT. Demetrio Ducas al incorporarse a la empresa en 1513 contaba con los elementos necesarios para iniciar su trabajo.

2. En el Prólogo al NT del volumen primero de la Biblia Complutense los editores expresan deliberadamente con un lenguaje ambiguo verdades a medias o mentiras declaradas para ‘vender’ mejor, digámoslo así, su producto. Como el NT, dicen, salvo el Evangelio de Mateo y la Epístola a los Hebreos, fue ‘dictado’ en griego por el Espíritu Santo, decidieron mantener intacta la *vetustas* y la *maiestas* de su lengua, prescindiendo de acentos y espíritus, tal como aparecen escritos en los códices más antiguos los *Callimachi poemata* y los *Sibyllina carmina*. Pero, ¿dónde pudieron ver nuestros helenistas esos antiquísimos mss. de Calímaco y de los Oráculos sibilinos? Kennerly M. Woody (1970: 146s.) demostró que la autoridad en la que nuestros editores se basan es la de Angelo Poliziano, que publicó en sus *Miscellanea* (Florencia, Miscomini 1489) un poema de Calímaco y algunos oráculos sibilinos sin acentos ni espíritus, afirmando que así se los había encontrado escritos en las fuentes antiguas. En la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense se conserva un ejemplar de las *Opera* del Poliziano en su edición Aldina de 1489, que contiene las *Miscellanea*, y fue adquirido en Medina del Campo en 1502.

3. En el prefacio $\pi\rho\delta\varsigma\ \tau\omicron\upsilon\varsigma\ \acute{\epsilon}\nu\tau\epsilon\upsilon\chi\omicron\mu\acute{\epsilon}\nu\omicron\upsilon\varsigma$ y en su traducción latina del tomo V se encarece asimismo la calidad de las fuentes. Los ejemplares que han tenido como *archetypa* de su edición no han sido unos códices cualesquiera, *sed antiquissima emendatissimaque ac tantae praeterea vetustatis: vt fidem eis abrogare nefas videatur*, a saber, los códices de la Biblioteca Apostólica que León X le envió al Cardenal Cisneros. Con esta media verdad los editores pretenden hacer creer que el texto que prepararon del NT estaba también avalado por el prestigio de los fondos de dicha biblioteca. Pero por lo que sabemos hasta el momento los ejemplares que de esa procedencia se recibieron en Alcalá eran del AT, y no se ha encontrado hasta hoy en el Archivo Vaticano documentación alguna que atestigüe el préstamo de códices neotestamentarios para la edición de la Poliglota. De ahí mi sospecha de que los ms. que sirvieron de base para la misma fueron tan sólo los dos comprados en el mercado librero de Medina del Campo y el codex Rhodiensis que le regalaron a Cisneros y éste entregó al Colegio de San Ildefonso.

En el siglo xx, siguiendo el ejemplo de Delitzsch, los estudiosos se esforzaron por descubrir las fuentes griegas del AT de la Poliglota, buscando las coincidencias de sus lecturas con las de otros códices en los amplios aparatos críticos de las ediciones de Holmes-Parsons, Brook-McLean, y las de la Septuaginta Unternehmen de Göttingen. En esta labor destacó Max L. Margolis, cuyo trabajo inédito sobre el texto complutense de Josué lo publicó Leonard Greenspoon (1979: 43-56). Margolis reconocía que, si bien el ms. 108 era una de las fuentes, había serios indicios de que los editores se hubieran servido también del ms. 56. Es más, sostenía que habían tomado el 56 como modelo y cuando sus lecturas no les satisfacían pasaban al 108, y que a partir del capítulo sexto habían invertido el orden, tomando como base el 108. Margolis, sin embargo, cometió el error de calificar de *Rückübersetzungen* (‘retroversiones’) al griego por parte de los editores las lecturas del texto complutense que no aparecían en los mss. 56 y 108, como con razón le critica N. Fernández Marcos (2012: 267).

Joseph Ziegler (1944: 297-310) dedicó un importante estudio al texto griego del Dodekapropheton de la BPC. En el reconocía que no tenía una especial relación con los mss. unciales, que algunas de sus lecturas coincidían con la tradición textual ale-

jandrina, pero lo hacían a través de los mss. 40 y 42 (por desgracia desaparecidos), con los que tenía un parentesco más directo, y que mostraba coincidencias con el Pap. Washingtoniano del s. III, editado por Sanders en 1927. Las coincidencias con la Vulgata (=Vg) las atribuía a *Rückübersetzungen* del latín al griego, aunque advirtiendo que resultaba imposible determinar si se debían a los editores o éstos se las habían encontrado en sus fuentes, las cuales podían estar fuertemente ‘latinizadas’. Ziegler terminaba su estudio dando la razón al alto aprecio que Paul de Lagarde tenía a los editores de la BPC.

Natalio Fernández Marcos (1979: 3-25), siguiendo los pasos de Ziegler, se replanteó el ‘interesante enigma’ del texto griego complutense de los Doce Profetas y con su investigación el *Sondergut* (patrimonio exclusivo) de la Poliglota disminuye considerablemente. Fernández Marcos demuestra que en nueve casos ésta concuerda con la llamada recensión ‘kaige’, que el número de sus coincidencias con los mss. 40 y 42 es mucho mayor que el señalado por Ziegler, y que tiene concordancias también con el codex Washingtonianus. Asimismo, señalando las discrepancias con el Texto Masorético (=TM), destaca que los editores complutenses no acomodaron el texto griego al hebreo, como suponía Brian Walton, el editor de la Biblia Sacra Polyglotta londinense. En cuanto a las coincidencias con San Jerónimo, Natalio Fernández Marcos distingue las provenientes de la Vetus Latina, que pueden remontarse a variantes muy antiguas, de las pocas (sólo 10) donde el griego de la Poliglota se aparta del hebreo y se acomoda al tenor de la Vg. En consecuencia, este autor reivindica, aparte del interés histórico como exponente de la filología bíblica del s. XVI, el valor de la BPC «para el crítico textual moderno por la calidad y antigüedad de muchas de sus lecturas».

Otro estudio importante, a despecho incluso de su carácter negativo, es el de Detlef Fraenkel (1990: 140-186) sobre las fuentes complutenses de los pasajes añadidos en la segunda descripción del Tabernáculo de Éxodo 35-40. Para este autor, que coincide en parte con los puntos de vista de A. Sáenz-Badillos (*vide infra*), es innecesario postular un ms. desconocido para explicar las peculiaridades de la Complutense en Ex 36-39. Basta con suponer que los editores de este pasaje lo aproximaran a las pruebas de imprenta de la primera descripción del Tabernáculo. El estudio de la BPC pertenece a la historia de las ediciones y no a la historia del texto de la Biblia griega y de ahí que su valor crítico-textual sea muy relativo.

Dominique Barthélemy (1990: 253-261), al realizar un estudio sobre las dificultades del texto de Ezequiel, se quedó sorprendido al constatar que en la descripción del templo (de 40,42 a 46,24) el testimonio más antiguo de este libro, el papiro 967, mantenía con la Complutense «relaciones particularmente estrechas y muy características». Este pap. cuenta con 211 lecciones que no aparecen en ningún ms. De ellas 120 se encuentran exactamente en la Poliglota, 8 de forma parecida y 83 no figuran en ella. Se impone por tanto reconocer que los humanistas de Alcalá contaron con un ms. (¿fragmentario?) de Ezequiel, hoy perdido, cuyo único testigo sería la BPC. Nadie hasta el descubrimiento de dicho papiro hubiera podido suponer que el tipo textual de Ezequiel ofrecido por ella tenía una antigüedad que remonta nada menos que al 200 d. C. Barthélemy concluía su estudio diciendo: «La Complutensis, por tanto, se confirma cada vez con mayor claridad como un testigo textual de alto valor; y Robert Hanhart tuvo toda la razón en darle cabida, a partir de 1960, en la Septuaginta de Göttingen».

J. W. Wevers (1991) originó en su edición del Éxodo de Gotinga un interesante debate filológico sobre las fuentes de la Complutense en los pasajes muy discutidos de dicho libro (Ex 36,8-39,43) que refieren la construcción del Tabernáculo en el desierto de acuerdo con las instrucciones del Señor enumeradas en los capítulos 25-31. En el ms. uncial F (Rahlfs) del siglo V hay una serie de correcciones en cursiva del s. XII que sistemáticamente acercan la versión griega al TM. A dicha serie se añade otra serie posterior. Wevers denomina a sus autores respectivamente F^b y F^h y descubre con sorpresa que las debidas a F^b coinciden con el texto ofrecido por la BPC y que F^h y la BPC coinciden también en la organización de la materia, aunque no exactamente en el tenor del texto, lo que indica que ambos correctores seguían, si no el mismo texto, al menos una misma tradición textual. Esto le induce a pensar que los editores de la BPC o conocían el ms. F, o dispusieron de mss. que tenían el mismo ancestro textual que F^b y F^h.

Ya en el presente siglo de nuevo Natalio Fernández Marcos (2012: 261-272) se inclina a aceptar el parecer de Wevers. Por un lado, recuerda que el origen del texto ofrecido por la segunda relación el tabernáculo se debe a la perduración en los ambientes judíos de las antiguas versiones al griego de la Biblia, especialmente la de Áquila, la cual reaparece en la columna griega del Pentateuco judío de Estambul de 1547. Por otro, estima que «no sólo era posible, sino también plausible», dadas las relaciones culturales de España con Venecia, Milán y Roma, la emigración de mss. de Constantinopla a Italia antes incluso de 1453 y la existencia entre los colaboradores de la Poliglota de conversos como Alonso de Zamora y Pablo Coronel «que tenían acceso a los mss. hebreos y a las tradiciones judías».

Seamus O'Connell (2006) a sugerencia de Dominique Barthélemy abordó el estudio global de la columna griega de la BPC en su tesis doctoral de 1995, publicada en 2006, y aunque no da una solución definitiva a los interrogantes que dicha columna plantea, clarifica algunas de sus enigmáticas características. Para el tomo primero comprueba que su única fuente ha sido el ms. 108, pero que a partir de Ex 15 y antes de Ex 25 la fuente primaria ha sido sustituida por un ms. del grupo *f* que no conocemos. Para el tomo segundo se emplearon dos mss., el 108 y el 442, copia del códice de Besarión (ms. 68). Para el tomo tercero se contó con cuatro fuentes, los mss. 248, 108, 442 y 1670 de diferente valor. El ms. 1670 es un pequeño Salterio con el texto griego de los LXX. En este tomo los editores trabajaron con mayor rapidez que en los anteriores.

Por desgracia, en el tomo cuarto el análisis de O'Connell se ciñe exclusivamente al texto de Ezequiel, lo que limita, como es lógico, el alcance de su investigación. Para preparar este volumen los editores dispusieron de un ms. muy emparentado con el papiro prehexaplar 967, como ya había descubierto Barthélemy y un segundo ms., probablemente hexaplar. En el establecimiento del texto de los 10 primeros capítulos de Ezequiel, inexistentes en el papiro, intervinieron dos editores. Uno de ellos está tan influido por el *Commentarium in Ezechielem* de San Jerónimo, que incluso permite reconocer que empleó la edición de Johannes Gregorius de Gregoriis de 1497. A título personal, aunque Seamus O'Connor no lo diga, me atrevo a suponer que ese editor fuera Diego López de Zúñiga. En resumen: la columna griega de la BPC ofrece un texto ecléctico preparado por unos editores que trabajaban de un modo casi independiente, lo que permitía avanzar con rapidez y eficacia, pero redundaba en detrimento de la calidad de la edición. Todos sabían latín y griego, pero no todos salvo uno (evidente-

mente Hernán Núñez de Guzmán, aunque O'Connell tampoco lo diga) sabían hebreo. Por ello es la Vg y no el TM el factor aglutinante de la Complutense. Su columna griega debe ser incluida dentro de la historia de las ediciones del AT con el alto honor de ser la *editio princeps* de la Sep y del NT griego, pero esto no le quita su valor como testimonio textual como lo indican sus conexiones con el codex Washingtonianus y el pap. 967 descubiertas por Ziegler, Fernández Marcos y Barthélemy. La BPC debe enjuiciarse tratando de comprender el intento de los helenistas de Alcalá, que no fue otro que el de proporcionar un instrumento necesario para el progreso de la teología. Un desiderátum que desde el Renacimiento a nuestros días está en la raíz de toda la filología bíblica.

La moderna investigación sobre la BPC, influida por el afán historicista decimonónico de rastrear las fuentes cuando éstas se desconocen, parece moverse dentro de un círculo vicioso del que no logra salir, según se deduce de las propias palabras de Seamus O'Connell (2006: 166). Es imposible valorar, dice, un sistema de edición sin conocer las fuentes en que se basa, pero a su vez es imposible averiguar las fuentes que éste utiliza sin conocer su sistema de edición. Pero cuál era el sistema de edición de la Poliglota Complutense, lo había expuesto con toda claridad un autor que Seamus O'Connell cita, pero no maneja en profundidad. Me refiero a Ángel Sáenz-Badillos, cuya tesis doctoral (publicada en 1990) tuvo el inmenso honor de dirigir. Insiste este autor en dejar claro que Cisneros había ordenado a todos los colaboradores de la Poliglota 'que no se hiciese mudanza alguna de lo que comúnmente se halla en los libros antiguos'. Esto implicaba el mantener una fidelidad total y objetiva al texto de los mss. y excluía todo intento de hacer una nueva recensión, tanto del texto latino aproximándolo a la *hebraica veritas*, como del texto griego acomodándolo al de las dos otras lenguas sacras. Por otra parte, Sáenz-Badillos se muestra escéptico frente a quienes se esfuerzan por buscar semejanzas en otros mss. al texto griego de la BPC, cuando se ignora los que se emplearon para establecerlo, porque el proceder así implica penetrar en el terreno de la conjetura y la adivinación.

Con este planteamiento general Sáenz-Badillos selecciona pequeños grupos de capítulos representativos de los grandes géneros de los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento para examinar el modo de proceder de los editores complutenses y el tipo textual que siguen, prestando especial atención a su acuerdo o discrepancia con el TM y la Vg. Sus colaciones le permiten concluir que los editores de la Complutense se atuvieron estrictamente a las normas de la crítica textual vigentes en su época, que obligaban a buscar los mss. más antiguos y de mejor calidad, a colacionarlos detenidamente y a elegir, si entre ellos había discrepancia, la variante manuscrita más acorde con la Vg o el TM. Con este procedimiento el texto establecido correspondía a diferentes tipos textuales de acuerdo con los mss. que emplearon, y no puede decirse que sea del tipo antioqueno o lucianico.

Esta considerable masa de investigación ha servido para eliminar viejos prejuicios, apreciar en sus justos términos el criterio filológico de los humanistas de Alcalá, y dar su debido valor a la Complutense, no sólo como *editio princeps* de la Sep y del NT griego, sino también como testigo textual. Ya no se cree en el mundo protestante que los editores ajustaran el texto griego al de la Vulgata o el latino a la *hebraica veritas*, ni que se sirvieran de *Rückübersetzungen* ('retrotraducciones') del latín al griego en los

pasajes bíblicos inexistentes en esta lengua (el llamado *Spanish Greek*). El *Sondergut* o patrimonio exclusivo de la Complutense se ha reducido considerablemente, al haberse descubierto, por ejemplo, que sus lecturas ‘solitarias’ aparecían en el papiro Washingtoniano del siglo III o en el papiro 967 de Ezequiel (siglo II-III), lo que obliga a admitir que los humanistas de Alcalá manejaron mss. hoy desconocidos, y a reconocer el valor de la Poliglota como testigo textual.

Considerado ya el problema de las fuentes y el del método filológico de los editores, queda por discernir la labor realizada por cada uno de ellos. Las desavenencias entre Cisneros y Nebrija en lo relativo a la fijación del texto latino limitaron la participación de éste en la Poliglota al asesoramiento en algunos puntos muy concretos. El cardenal era un firme partidario de respetar el tenor de los mss., en tanto que el humanista por estimarlos en buena parte corruptos proponía hacer una nueva recensión del texto latino. Descartada, pues, la intervención de Nebrija, para determinar cuál fue la de los restantes miembros del equipo ha sido decisivo el análisis del ms. 117-Z-1 Villa-Amil de la Universidad Complutense (actual BH MSS 41) que contiene los trabajos previos de la edición. El P. Revilla (1917) lo consideró obra de López de Zúñiga, algo que puso en duda J. H. Bentley (1980: 145-56) y descartó definitivamente Sáenz-Badillos (1990), quien atribuyó su autoría con decisivos argumentos filológicos a Hernán Núñez de Guzmán. Esta atribución la ha comprobado Arantxa Domingo Malvadi (2013: 49-81) al demostrar fehacientemente que dicho códice estaba escrito de su mano, gracias a la identificación de la letra del humanista realizada por C. Codoñer (2001: 147-49). Este descubrimiento le ha permitido a Domingo Malvadi asignar también al comendador griego la elaboración del BH MSS 14 que contiene las interpretaciones de los nombres propios arameos, hebreos y griegos de la Biblia. La mayoría de dichas interpretaciones aparecen en la BPC y en las *Differentiae* de Nicolás de Lyra, publicadas por Arnao Guillén de Brocar en Alcalá ca. 1515, *cum quibusdam aliis additionibus et interpretationibus nominum in fine cuiuslibet capituli*. Sin embargo, algunas han sido en parte corregidas y en parte eliminadas, lo que indica que las sometieron a revisión. Con ello es evidente que las *Interpretationes chaldeorum hebraeorum atque grecorum nominum* del tomo VI es obra también de Núñez de Guzmán. No es seguro, pero a mi juicio es muy probable que la tarea de revisar las anotaciones del humanista correspondiera a López de Zúñiga, más teólogo que filólogo, lo que explicaría la afirmación de éste (interpretada erróneamente por Revilla) en sus *Annotationes contra Jacobum Fabrum Stapulensem* de que había intervenido en la colación de los Evangelios.

Corresponden sin duda a Demetrio Ducas el prólogo en lengua griega del tomo V y la apostilla a la nota a la doxología (ὅτι σου ἐστὶν ἡ βασιλεία καὶ ἡ δύναμις καὶ ἡ δόξα εἰς τοὺς αἰῶνας «porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos») del Padrenuestro de Mt 6,13 (*et dicunt greci quod solus sacerdos potest pronuntiare illa verba et non alius* «y dicen los griegos que sólo el sacerdote puede pronunciar esas palabras y no otro»), ya que es de suponer que ninguno de los humanistas españoles había asistido en su vida a una misa ortodoxa. La intervención de Demetrio Ducas en el establecimiento del texto de la Sep se ha de suponer también, porque nadie estaba tan preparado como él para esa tarea. Nicetas de Fausto probablemente fue su ayudante en las tareas de impresión. En cuanto a Bartolomé de Castro, resulta muy difícil perfilar

su labor, aunque sus intereses parecían inclinarse a la lexicografía y a la teología. Por la declaración de Juan de Vergara en su proceso ante la Inquisición sabemos que realizó la traducción interlineal al latín de los «probervios y sapiencia y eclesiastés y job y otros tratados de la sagrada escriptura». Y en este estado se encuentra actualmente la investigación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARTHÉLEMY, Dominique. (1990), «Les relations de la Complutensis avec le papyrus 967 pour Éz 40⁴² à 46²⁴», en Fraenkel, D.; Quast, U.; Wevers, J. W. 1990, 253-261.
- BENTLEY, J. H. (1980), «New Light on the Editing of the Complutensian New Testament», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 42, 145-56.
- CODOÑER MERINO, Carmen (2001), «Las anotaciones marginales del Pinciano: una biblioteca virtual», en Signes Codoñer, J. – Codoñer Merino, C. – Domingo Malvadi, A., 2001, 145-218.
- DE ANDRÉS, Gregorio (1974), «Catálogo de los códices griegos de las colecciones: Complutense, Lázaro Galdiano y March de Madrid», *CFC* 6, 221-265.
- DELITZSCH, Franz (1886), *Studien zur Entstehungsgeschichte der Complutensischen Polyglotte*, Leipzig, A. Edelmann.
- DOMINGO Malvadi, Arantxa (2013), «El Pinciano y su contribución a la edición de la Biblia Políglota de Alcalá», *Pecia Complutense* 10, 48-81.
- FERNÁNDEZ MARCOS, Natalio (1979), «El texto griego de la Complutense en Doce Profetas», *Sefarad*, 39, 3-25.
- (2013), «Greek Sources of the Complutensian Polygot», en *Filología y Humanismo*, Madrid, C.S.I.C., 261-272.
- FERNÁNDEZ TEJERO, Emilia (1987), «El texto hebreo», *Anejo a la edición facsímil de la Biblia Políglota Complutense*, Valencia, Fundación Bíblica Española, Universidad Complutense de Madrid, 25-32.
- FRAENKEL, Detlef (1990), «Die Quellen der asterisierten Zusätze im zweitem Tabernakelbericht Exod 35-40», en Fraenkel, D., Quast, U., Wevers, J. W. 1990, 140-186.
- FRAENKEL, Detlef, QUAST, Udo, WEVERS, John Wm. (1990), *Studien zur Septuaginta—Robert Hanhart zu Ehren. Aus Anlaß seines 65. Geburtstages*. Abhandlungen der Ak. der Wiss. in Göttingen. Phil.-Hist. Klasse 190 (Mitteilungen des Septuaginta Unternehmens 20), Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- GOLDSCHMIDT, Lazarus (1950), *The Earliest Editions of the Hebrew Bible by Lazarus Goldschmidt with a Treatise on the Oldest Manuscripts of the Bible by Paul KAHLE*, New York, Aldus Book Company.
- GREENSPOON, Leonard (1979), «Max Margolis on the Complutensian Text of Joshua», *Bulletin of the International Organization for Septuaginta and Cognate Studies*, 12, 43-56.
- MARTÍN ABAD, Juan (1999), «Rendimiento de cuentas de los gastos efectuados por cuenta del arzobispo Francisco Jiménez de Cisneros para adquirir e imprimir libros durante los años 1497 a 1509», en *Cisneros y el Siglo de Oro de la Universidad de Alcalá*, Alcalá de Henares, p. 196.

- O'CONNELL, Seamus (2006), *From Most Ancient Sources: The Nature and Text-critical Use of the Greek Old Testament Text of the Complutensian Polyglot Bible*, Orbis Biblicus et Orientalis 215, Fribourg, Academic Press.
- RAHLFS, Alfred (1914), *Verzeichnis der griechischen Handschriften des Alten Testaments*, Mitteilungen des Septuaginta Unternehmens, Berlin, Weidmannsche Buchhandlung.
- REVILLA, Mariano (1917), *La Políglota de Alcalá: estudio histórico-crítico*, Madrid, Imprenta helénica.
- RUIZ GARCÍA, Elisa, y CARVAJAL GONZÁLEZ, Helena (2011), *La casa de Protesilao: reconstrucción arqueológica del fondo cisneriano de la Biblioteca Histórica «Marqués de Valdecilla» (1496-1509)*, Universidad Complutense, Madrid.
- SÁENZ-BADILLOS, Ángel. (1990), *La filología bíblica de los primeros helenistas de Alcalá*, Estella, EVD-Institución San Jerónimo.
- SIGNES CODOÑER, Juan; CODOÑER MERINO, Carmen; DOMINGO MALVADI, Arantxa (2001), *Biblioteca y epistolario de Hernán Núñez de Guzmán (el Pinciano)*, *Una aproximación al humanismo español del siglo XVI*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- WEVERS, John William (1991), *Septuaginta II, I, Exodus*, Göttingen.
- WOODY, Kennerly M. (1971), «A Note on the Greek Fonts of the Complutensian Polyglot», *Papers of the Bibliographical Society of America* 65, 143-149.
- ZIEGLER, Joseph (1944), «Der griechische Dodekapheton-Text der Complutenser Polyglotte», *Biblica* 25, 297-310.